

La estirpe ardiente

Bajo el cielo andino, donde la puna respira,
se alza la casa de sangre y cóndores,
la estirpe que no se quiebra,
la raíz que enfrenta al viento con sus manos de roca.

Túpac Amaru, que lleva el rayo en la lengua,
habló al sol y al maíz,
al río que talla los Andes,
y las montañas escucharon su promesa:
"No habrá cadenas que el pecho no rompa."

Junto a él, Micaela,
estrella de guerra,
pan de fuerza amasado en secreto,
guerrera de verbo certero
y sombra que nunca se doblega.

La familia de los libres se escribe en cenizas,
en cartas que huelen a pólvora,
en tejidos que murmuran rebelión.
Es su amor un pacto de fuego,
su mesa, un altar de esperanzas.

Los hijos, retoños de la llama,
aprendieron de madre y padre
que el hambre duele menos que el yugo,
que la palabra puede ser espada
y el silencio, grito que retumba.

Juntos tejieron sueños en la noche larga,
mientras el cóndor vigilaba desde las cimas.
Juntos desafiaron al tiempo de cadenas,
cosechando la furia del pueblo
en campos de espinas y trigo.

El linaje no se detiene en la carne,
ni muere en la soga de un verdugo.
El espíritu que forjaron en la casa humilde
es tormenta en los valles,
es eco en las gargantas del pueblo.

Micaela, madre de todas las madres,
que urdió rebeliones en susurros
y trenzó esperanzas en su cabello.
No era solo mujer,
era puente de los siglos,
era el fuego que aviva la llama en el hogar y en la guerra.

Y Túpac, que no cayó solo,
llevó en sus ojos la memoria de los suyos,
llevó el grito de sus hijos,
el temblor del maíz en su último suspiro.

Cuando su cuerpo fue roto,
el pueblo supo que la historia no se quiebra,
que la sangre que cae siembra montañas.

La familia que alzó su casa entre tormentas
no dejó paredes ni techos;
dejó raíces en el pueblo,
murallas en los corazones que aún laten libres.

Allí están, en la niebla de los cerros,
en los cantos que no mueren,
en el viento que ruge cuando el pueblo despierta.
Ellos no fueron uno ni dos,
fueron todos.

La estirpe de Túpac y Micaela
no se extingue en las hogueras,
es semilla que florece en los pasos
de los que no temen al abismo.

El apellido Amaru es río sin fin,
el legado de Micaela, tejido eterno.
Sus hijos no se cuentan en números,
se cuentan en sueños y en luchas,
en cada vida que se levanta
contra la sombra del opresor.

Oh, casa que arde y no se consume,
familia que vive donde vive la rebeldía.
Por siempre será vuestra sangre
el surco donde germina la libertad.

Ada Cari Ataucuri